

LOUISE PENNY

# EL JUEGO DE LA LUZ

Traducción del inglés de  
Maia Figueroa



Título original: *A Trick of the Light*

Ilustración de la cubierta: Sandra Cunningham / Trevillion Images

Copyright © Three Pines Creations, Inc, 2011

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

*Excerpt from "Up" from Morning in the Burned House by Margaret Atwood.  
Copyright © 1995. Published by McClelland & Stewart in Canada,  
and Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company in the US.*

*Used with permission of the author and her publishers (in their respective territories)  
and the author's agent, Curtis Brown Group Ltd, London, acting on behalf of  
Margaret Atwood. All rights reserved.*

*Excerpts from page 163 of the book Alcoholic Anonymous, copyright 1939,  
is used by kind permission of AA World Services.*

*"Not Waving But Drowning" by Stevie Smith is used by permission  
of the Estate of James MacGibbon.*

*La traducción de esta obra ha recibido la ayuda del Canada Council for the Arts.*



Canada Council  
for the Arts

Conseil des Arts  
du Canada

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-18-0

Depósito legal: B-1.541-2017

1ª edición, febrero de 2017

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

*A Sharon, Margaret, Louise  
y a todas las mujeres maravillosas  
que me ayudaron a encontrar  
un lugar tranquilo al sol*



## UNO

«¡Pero no! ¡No y no!», pensó Clara Morrow mientras caminaba hacia las puertas cerradas.

Veía las sombras y siluetas moviéndose de un lado a otro como espectros, de aquí para allá, de aquí para allá tras el cristal esmerilado. Aparecían y desaparecían. Distorsionadas, pero humanas.

«Seguía lamentándose el difunto.»

Llevaba todo el día con esas palabras en la cabeza: aparecían y desaparecían. Un poema a medio recordar. Palabras que flotaban hacia la superficie y volvían a hundirse. El cuerpo del poema, más allá de su alcance.

¿Cómo era el resto?

Le parecía importante.

«¡Pero no! ¡No y no!»

Las siluetas borrosas que había al otro extremo del largo pasillo parecían líquidas, o vaporosas. Presentes, pero sin sustancia. Fugaces. Huidizas.

Ella también deseaba huir.

Había llegado: allí terminaba su viaje. Y no sólo el que habían hecho ese día. Ella y su marido, Peter, habían conducido desde su pueblecito de Quebec hasta el Musée d'Art Contemporain de Montreal, un lugar que conocían muy bien. De forma íntima. ¿Cuántas veces habían acudido al MAC para maravillarse ante alguna exposición nueva o para apoyar a algún amigo también artista? O sólo para sentarse en silencio en el centro de la elegante galería un

día cualquiera, entre semana, cuando el resto de la ciudad estaba en el trabajo.

Para ellos el arte era su trabajo. Pero también mucho más que eso, qué remedio. Si no, ¿para qué soportar todos aquellos años de soledad? ¿O de fracaso? De silencio por parte de un mundo artístico perplejo y desconcertado.

Peter y ella no habían dejado de trabajar, día sí y día también, cada uno en su diminuto estudio, en su pequeño pueblo, viviendo vidas insignificantes. Felices. Aunque anhelasen mucho más.

Clara avanzó unos pasos por el interminable pasillo de mármol blanco.

Aquello era su «mucho más»: lo que había al otro lado de esas puertas, por fin. La culminación de todos sus esfuerzos, de todos sus caminos, de toda su vida.

El primer sueño que tuvo de niña, el último sueño de esa misma mañana, casi cincuenta años más tarde, estaba al otro extremo del exigente corredor blanco.

Ambos daban por hecho que el primero en cruzar ese umbral sería Peter. Era con diferencia el artista de mayor éxito de los dos, gracias a sus estudios exquisitos y minuciosos sobre la vida. Con tantos detalles y precisión que un pedazo de naturaleza acababa resultando abstracto y distorsionado. Irreconocible. Peter tomaba lo natural y le daba una apariencia desnaturalizada.

Sin embargo, la gente disfrutaba de sus cuadros. Gracias a Dios. Así siempre había comida en la mesa y los lobos que merodeaban por su pequeño hogar de Three Pines no se acercaban a la puerta. Gracias a Peter y a sus obras de arte.

Clara lo miró un momento; caminaba algo más adelantado que ella, con una sonrisa en su apuesto rostro. Sabía que cuando los presentaban, la mayoría daba por sentado que ella no era su esposa. En vez de eso, lo emparejaban con cualquier ejecutiva esbelta que sostuviese una copa de vino con elegancia. Ejemplo de selección natural. Atracción entre iguales.

Era imposible que el distinguido artista de pelo entrecano y rasgos nobles hubiese escogido a la mujer que agarraba una cerveza con lo que, más que manos, parecían guantes de boxeo. La que tenía restos de paté en la melena encrespada y el estudio lleno de esculturas realizadas con piezas de viejos tractores y cuadros de repollos con alas.

No. Peter Morrow no podía haberla elegido. Habría resultado extraño.

Aun así, lo había hecho.

Y ella a él.

De no estar a punto de vomitar, Clara le habría devuelto la sonrisa.

«¡Pero no! ¡No y no!» , pensó una vez más mientras lo veía caminar con seguridad hacia la puerta cerrada y hacia los espectros del arte que esperaban a emitir su juicio. A juzgarla a ella.

A medida que avanzaba a ritmo pausado, pero impulsada por una fuerza innegable, por una mezcla grosera de emoción y terror, se le quedaron las manos frías y entumecidas. Quería salir corriendo hacia las puertas, abrirlas de golpe y gritar: «¡Aquí estoy!»

Aunque más que nada quería dar media vuelta, salir huyendo y esconderse.

Retroceder atropelladamente por aquel pasillo tan largo, tan lleno de luz, de arte y de mármol. Y admitir que se había equivocado. Que cuando le preguntaron si quería hacer una exposición individual nada menos que en el Musée, al responder a si deseaba que sus sueños se hiciesen realidad, había dado la respuesta incorrecta.

Había contestado mal: había dicho que sí. Por eso estaba allí.

Alguien había mentido. O no había dicho toda la verdad. En su sueño, el único sueño que había tenido y que se repetía una y otra vez desde su infancia, hacía una exposición individual en el Musée d'Art Contemporain. Recorría aquel pasillo. Serena y compuesta. Hermosa y esbelta. Ingeniosa y aclamada.

Y recibía el abrazo de un mundo que la adoraba.

Sin terror. Sin náuseas. Sin criaturas que la mirasen a través del cristal esmerilado, esperando a devorarla. A disecionarla. A subestimarla tanto a ella como a sus creaciones.

Alguien había mentido. No le había advertido que tal vez también hubiese algo más aguardando.

El fracaso.

«¡Pero no! ¡No y no! —recordó Clara—. Seguía lamentándose el difunto.»

¿Cómo era el resto del poema? ¿Por qué se le escapaba?

En aquel momento, a tan sólo unos metros del final de su viaje, lo único que quería era huir a casa, a Three Pines. Abrir la cerca de madera. Apresurarse por el camino flanqueado de manzanos en flor. Entrar en casa y cerrar la puerta de golpe. Apoyarse en ella. Cerrarla con llave. Apretujar su cuerpo contra ella y mantener el mundo fuera.

En ese instante, ya demasiado tarde, cayó en quién le había mentido.

Había sido ella misma.

El corazón le golpeaba las costillas como un ser enjaulado, aterrorizado y desesperado por escapar. Se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración y no sabía desde cuándo. Para compensar, empezó a respirar deprisa.

Peter le hablaba, pero su voz sonaba como con sordina, lejana, sofocada por los gritos de su cabeza y el martilleo en el pecho.

Y por el ruido al otro lado de la puerta, que iba en aumento a medida que se acercaba.

—Ya verás qué bien lo pasamos —dijo Peter con una sonrisa tranquilizadora.

Clara abrió la mano y dejó caer el bolso. Éste aterrizó en el suelo con un ruido sordo, pues estaba casi vacío y tan sólo contenía un caramelo mentolado y un pincel pequeño del primer kit de pintura que le regaló su abuela para pintar uniendo los puntos numerados.

Se arrodilló y fingió estar recogiendo objetos invisibles para guardarlos en el bolso de mano. Agachó la cabeza en



un intento de recuperar el aliento y se preguntó si estaba a punto de desmayarse.

—Inspira profundamente —oyó—. Suelta todo el aire.

Dejó de contemplar el bolsito sobre el reluciente suelo de mármol y se fijó en el hombre que se había arrodillado frente a ella.

No era Peter.

En lugar de a su marido, vio a su amigo y vecino de Three Pines, Olivier Brulé. Estaba agachado junto a ella, observándola; su mirada amable, un salvavidas para una mujer ahogándose. Se aferró a ella.

—Inspira profundamente —susurró él.

Le hablaba con calma. Era una crisis privada, de ellos dos. Su rescate particular.

Clara inspiró profundamente.

—No sé si podré.

Se inclinó hacia delante, se sentía algo mareada; le daba la sensación de que las paredes se le venían encima. Un poco más allá vio los zapatos de cuero negro y reluciente de Peter en el lugar donde por fin se había detenido. No la había echado de menos de inmediato. No se había dado cuenta de que su mujer estaba arrodillada en el suelo.

—Ya lo sé —susurró Olivier—. Pero también sé cómo eres. Da igual si es de rodillas o andando, pero vas a cruzar esa puerta.

Sin dejar de mirarla, señaló el final del pasillo con un movimiento de cabeza.

—Casi mejor andando, ¿no?

—Pero aún estoy a tiempo...

Clara estudió el rostro de Olivier. Le miró la cabellera rubia y sedosa y las arrugas que sólo se veían desde muy cerca. Más de las que debería tener un hombre de treinta y ocho años.

—Podría marcharme. Podría volver a casa.

La expresión amable de Olivier desapareció y, una vez más, Clara vio el jardín, tal como lo había visto esa mañana con los últimos restos de niebla. El rocío denso bajo sus

botas de goma. La rosas tempranas y las peonías tardías, húmedas y aromáticas. Se había sentado en el banco de madera del jardín con el café matutino, a pensar en el día que tenía por delante.

Ni una sola vez se había imaginado derrumbada en el suelo. Presa del terror. Deseando marcharse de allí. Volver al jardín.

Sin embargo, Olivier tenía razón: no iba a regresar. Todavía no.

«¡Pero no! ¡No y no!» Debía atravesar esa puerta. Era la única forma de llegar a casa.

—Suelta el aire —susurró Olivier con una sonrisa.

Clara se rió y exhaló.

—Podrías ser comadrona, se te daría bien.

—¿Qué hacéis en el suelo? —preguntó Gabri sin apartar la vista de Clara y de su pareja—. Espero que no sea lo que acostumbra a hacer Olivier en esa posición. —Se dirigió a Peter—. Aunque eso explicaría las risas.

—¿Estás lista?

Olivier le entregó el bolso, y se pusieron en pie.

Gabri, que nunca se alejaba demasiado de él, dio a Clara un abrazo de oso.

—¿Estás bien?

La observó con atención. Era un hombre grande, aunque Gabri prefería definirse como «corpulento». A diferencia de su pareja, las preocupaciones no le habían surcado el rostro de arrugas.

—Estoy bien —contestó Clara.

—O sea, que estás bien jodida: insegura, neurótica y egocéntrica, ¿verdad? —preguntó Gabri.

—Exacto.

—Fantástico, igual que yo. Y que todos esos que están al otro lado. —Gabri señaló la puerta—. El problema que tienen es que no son artistas fabulosos con su propia exposición individual. Así que estás bien y, además, eres famosa.

—¿Venís? —preguntó Peter con una sonrisa mientras hacía señas a Clara.

Ella dudó un momento, pero enseguida cogió a Peter de la mano y recorrió el pasillo con él. El eco agudo de sus pisadas no conseguía ensordecer el júbilo que se oía al otro lado.

«Se están riendo —pensó Clara—. Se están riendo de mis cuadros.»

Y en ese instante, el cuerpo del poema emergió a la superficie y le reveló los versos que le faltaban.

«¡Pero no! ¡No y no! —recordó Clara—. Seguía lamentándose el difunto. / Toda mi vida al margen y demasiado lejos. / ¡Y no los saludaba! ¡Estaba ahogándome!»

Desde lejos, Armand Gamache oía a los niños jugando. Sabía de dónde venía el vocerío: del parque de enfrente, aunque, a través de las copas frondosas y primaverales de los arces, no alcanzaba a ver a las criaturas. De vez en cuando, le gustaba sentarse allí y fingir que los gritos y las risas eran los de sus nietas, Florence y Zora. Imaginaba que su hijo Daniel estaba en el parque con Roslyn, vigilando a las niñas, y que enseguida cruzarían de la mano aquella tranquila calle del centro de la gran ciudad para comer con ellos en casa. O que él y Reine-Marie se unían a ellos. Y jugaban a pillar.

Le gustaba fingir que ellos no estaban en París, a miles de kilómetros de distancia.

Sin embargo, la mayor parte del tiempo simplemente se detenía a escuchar los chillidos, gritos y risas de los niños del vecindario. Y sonreía. Y se relajaba.

Gamache cogió la cerveza y dejó la revista *L'Observateur* en su regazo. Reine-Marie, su esposa, estaba sentada delante de él en la terraza, también con una cerveza, pues la temperatura tan alta de aquel día de mediados de junio era inesperada. Su ejemplar de *La Presse* estaba plegado sobre la mesa y tenía la mirada perdida en el infinito.

—¿En qué estás pensando? —preguntó él.

—En nada, estaba distraída.

Gamache se quedó mirándola un momento, en silencio. Su esposa tenía ya bastantes canas, aunque él no se quedaba atrás. Durante varios años, Reine-Marie se había teñido de castaño rojizo, pero hacía poco que había dejado de hacerlo. Y él se alegraba; los dos estaban en el ecuador de los cincuenta y las parejas de su edad tenían el mismo aspecto que ellos. Los más afortunados, claro.

Ninguno de los dos parecía un modelo. Nadie iba a tomarlos por lo que no eran. Armand Gamache no tenía una constitución gruesa, sino robusta. Y si un desconocido lo visitase en su casa, quizá pensaría que monsieur Gamache era más bien un académico de vida tranquila, un catedrático de historia o literatura, tal vez de la Universidad de Montreal.

Aunque tampoco era nada de eso.

En su espaciosa vivienda había libros por todas partes: volúmenes de historia, biografías, novelas, estudios sobre las antigüedades de Quebec, poesía. Todos colocados en orden en sus respectivas librerías. En casi todas las mesas había al menos un libro y, a menudo, varias revistas. Delante de la chimenea, en la mesita del salón, estaban esparcidas las distintas ediciones de fin de semana de la prensa. Sin embargo, si el visitante era observador y se adentraba hasta el estudio de Gamache, tal vez sería capaz de descifrar la historia que contaban los libros de su interior.

De hecho, no tardaría en darse cuenta de que aquél no era el hogar de un profesor de literatura francesa a punto de jubilarse, pues las estanterías estaban a rebosar de archivos de casos, libros sobre medicina y ciencias forenses, tomos sobre derecho anglosajón y el código civil francés, sobre huellas dactilares, códigos genéticos, lesiones corporales y armas.

Asesinatos. El estudio de Armand Gamache contenía cientos de ellos.

Aun así, entre toda aquella muerte, había espacio para volúmenes sobre filosofía y poesía.

Mientras observaba a Reine-Marie en la terraza, Gamache volvió a sentir la impactante certeza de que se había casado con alguien por encima de lo que le correspondía. No a nivel social. Ni académico. No obstante, jamás había dejado de sospechar que había tenido mucha mucha suerte.

Era consciente de que había sido muy afortunado en la vida, pero nada superaba el hecho de haber amado a la misma mujer durante treinta y cinco años. A excepción, claro, del extraordinario golpe de suerte que significaba que ella le correspondiera.

Reine-Marie lo miró con sus ojos azules.

—En realidad, estaba pensando en el *vernissage* de Clara.

—Ya.

—Deberíamos salir pronto.

—Tienes razón.

Gamache miró la hora. Las cinco y cinco. La fiesta de inauguración de la exposición de Clara Morrow en el Musée empezaba a las cinco y acabaría sobre las siete.

—En cuanto llegue David.

Su yerno llevaba ya un retraso de media hora y Gamache miró hacia el interior del piso. A duras penas vislumbraba a su hija Annie sentada en el salón, leyendo; delante de ella estaba su segundo al mando, Jean-Guy Beauvoir, sobándole a *Henri* las orejas descomunales. El pastor alemán de los Gamache podía pasarse el día entero así, con una sonrisa bobalicona en su joven rostro.

Jean-Guy y Annie no se prestaban atención. Gamache esbozó una sonrisa; al menos no se estaban lanzando insultos o algo peor en mitad del salón.

—¿Quieres que salgamos ya? —propuso Armand—. Podríamos llamar a David al móvil y quedar con él allí.

—¿Por qué no esperamos un par de minutos más?

Gamache asintió y cogió la revista, pero enseguida la apartó.

—¿Eso es todo?

Reine-Marie vaciló un momento y después sonrió.

—Simplemente me preguntaba qué te parece la idea de ir al *vernissage*. Y también si estarías intentando darme largas.

Sorprendido, Armand enarcó las cejas.

Jean-Guy Beauvoir le rascaba las orejas al perro sin dejar de mirar a la joven que tenía delante. Hacía quince años que la conocía, desde que él era el novato de Homicidios, y ella, una adolescente. Torpe, desgarbada, mandona.

A él no le gustaban los niños y, desde luego, tampoco los adolescentes sabiondos. Aún así, se había empeñado en que Annie Gamache le cayese bien, aunque sólo fuera por ser la hija de su jefe.

Se había empeñado a conciencia. Y por fin...

Lo había conseguido.

Ahora él se acercaba a los cuarenta, y ella, a los treinta. Era abogada, estaba casada. Seguía siendo torpe, desgarbada y mandona, pero Jean-Guy se había esforzado tanto en que le cayese bien que al final logró ver más allá de eso. La había visto reír con verdadero júbilo, escuchar a personas muy aburridas como si le resultaran fascinantes. Los miraba como si la alegría de verlos fuese sincera, como si fuesen importantes. La había visto bailar con los brazos en alto y la cabeza inclinada hacia atrás. Con brillo en los ojos.

Y había sentido el tacto de su mano. Una sola vez.

En el hospital, Jean-Guy había emergido de un lugar muy profundo, luchando contra el dolor y la oscuridad para sentir ese tacto ajeno pero amable. Sabía que no era el de su esposa, Enid. La forma en que ella lo asía, con garras de pájaro, no lo habría hecho regresar.

Sin embargo, aquella mano era grande, cálida, segura. Lo invitaba a volver.

Beauvoir había abierto los ojos y se había encontrado a Annie Gamache mirándolo con preocupación. Se preguntó qué hacía ella allí y enseguida lo supo.

No tenía adónde ir. No podía sentarse junto a ninguna otra cama del hospital.

Porque su padre había muerto. Un tipo armado lo había asesinado en la fábrica abandonada. Beauvoir había sido testigo, había visto cómo le disparaban. Cómo salía volando por los aires y caía sobre el suelo de cemento.

Y se quedaba tendido, inmóvil.

Y ahora, Annie Gamache estaba en el hospital sujetándole la mano, porque la que quería tener entre las suyas ya no existía.

Jean-Guy Beauvoir había abierto los ojos con gran esfuerzo para ver a Annie Gamache con cara de tristeza. Se le había partido el corazón. Sin embargo, enseguida percibió algo más.

Alegría.

Nunca lo habían mirado de ese modo: con dicha desatada y no disimulada.

Así lo miraba Annie cuando él abrió los ojos.

Jean-Guy había intentado hablar, en vano. Aun así, ella adivinó lo que intentaba decir.

Se acercó a él, le susurró al oído, y él olió su fragancia: ligeramente cítrica, limpia y fresca. No como el perfume intenso y empalagoso de Enid; Annie olía como un campo de limoneros en verano.

—Papá está vivo.

En ese instante hizo algo que lo avergonzaría. Durante su estancia en el hospital lo esperaban muchas humillaciones, desde cuñas y pañales hasta baños de cama. Pero ninguna tan personal, tan íntima, como la traición que en ese momento cometió su cuerpo quebrado.

Lloró.

Y Annie lo vio. Pero jamás se lo había mencionado.

Con el consiguiente desconcierto de *Henri*, Jean-Guy dejó de rascarle las orejas y colocó una mano encima de la otra, un gesto que se había convertido en habitual.

Así recordaba la sensación que había tenido: la mano de Annie sobre la suya.

Eso era todo lo que iba a conseguir de ella. La hija casada de su jefe.

—Tu marido llega tarde —comentó Jean-Guy.

Él mismo notó su tono de acusación. La pulla.

Muy lentamente, Annie bajó el periódico y le clavó la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso?

¿Qué quería decir con eso?

—Que vamos a llegar tarde por su culpa.

—Pues vete. A mí qué más me da.

Él mismo había cargado la pistola, se la había colocado en la sien y le había suplicado a Annie que apretase el gatillo. Y ahora sentía el impacto de las palabras. Le atravesaban la piel, se le incrustaban dentro y explotaban.

«A mí qué más me da.»

Se dio cuenta de que aquello le suponía casi un consuelo. Aquel dolor. Tal vez, si la obligaba a hacerle suficiente daño, acabaría por no sentir nada.

—Escucha... —Ella se inclinó hacia delante y dijo con voz algo más suave—: Siento lo tuyo con Enid. Vuestra separación.

—Ya, bueno, son cosas que pasan. Como abogada, deberías saberlo.

Ella lo miró con ojos inquisitivos, igual que su padre. Después asintió.

—Sí, pasan. —Se quedó un momento callada, inmóvil—. Sobre todo después de lo que has vivido. Supongo que te hace reflexionar sobre tu propia vida. ¿Quieres hablar de ello?

¿Hablar de Enid con Annie? Riñas estúpidas y sórdidas, pequeños desaires, arañazos y cicatrices. La mera idea le resultaba repugnante. Se le debió de notar, porque Annie se retiró y se sonrojó como si la hubiese abofeteado.

—De acuerdo, olvídale —le espetó, y se tapó la cara con el periódico.

Jean-Guy buscó algo que decir, un puente que tender, un espigón que lo llevase hasta ella. Fueron pasando los minutos, que le parecieron cada vez más largos.



—El *vernissage* —soltó Beauvoir al final.

Era lo primero que se le había pasado por la cabeza, vacía. Como una Bola Ocho Mágica, que al agitarla ofrecía una única palabra. En este caso era «*vernissage*».

El periódico descendió y en su lugar apareció el rostro pétreo de Annie.

—Ya sabes que habrá gente de Three Pines.

Ella siguió mirándolo sin expresión alguna.

—El pueblecito de los cantones del Este —añadió señalando en dirección a la ventana—, al sur de Montreal.

—Ya sé dónde están los cantones —respondió ella.

—La exposición es de Clara Morrow, pero estoy seguro de que acudirán todos.

Ella volvió a levantar el diario. Según pudo leer Jean-Guy desde el otro extremo de la habitación, el dólar canadiense se mantenía fuerte y los socavones del invierno seguían sin reparar. Se estaba investigando la corrupción del Gobierno.

Nada nuevo.

—Uno de ellos odia a tu padre.

Ella apartó el periódico sin prisa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —Por la expresión de Annie, se dio cuenta de que quizá se había excedido—. No como para hacerle daño ni nada.

—Mi padre me ha hablado de Three Pines y de su gente, pero nunca ha mencionado que alguien lo odiara.

Ahora que estaba disgustada, Jean-Guy deseó no haber dicho nada. No obstante, había servido de algo: le estaba hablando. Su padre les hacía de puente.

Annie dejó la prensa en la mesa y echó un vistazo a sus padres, detrás de Beauvoir, mientras ellos charlaban tranquilamente en la terraza.

De pronto parecía la adolescente del pasado. Annie nunca sería la mujer más hermosa de la sala, algo que ya era obvio cuando la conoció: no era delicada ni de huesos finos. Más atlética que elegante. La ropa le parecía importante, pero estar cómoda también.

Era de opiniones firmes, voluntad férrea, físico fuerte. Jean-Guy podía ganarle un pulso, lo sabía porque habían competido varias veces, pero vencer le había costado un esfuerzo.

Con Enid ni siquiera se le ocurriría probarlo, y ella tampoco se ofrecería.

Annie Gamache no sólo se lo había propuesto, sino que esperaba derrotarlo.

Y al perder, se había echado a reír.

Otras mujeres, incluida Enid, eran encantadoras, mientras que Annie Gamache estaba viva.

Cuando Jean-Guy Beauvoir comprendió lo importante que era, lo atractiva y poco común que resultaba esa vitalidad, ya era tarde. Demasiado tarde.

Annie volvió a mirar a Beauvoir.

—¿Y por qué iba uno de ellos a odiar a mi padre?

—Está bien, mira —explicó Beauvoir en voz baja—, lo que pasó es lo siguiente.

Annie se inclinó hacia delante. Estaban a menos de un metro de distancia y Beauvoir podía oler su perfume. Tuvo que hacer un esfuerzo supremo por no cogerle las manos.

—Hubo un asesinato en el pueblo de Clara, en Three Pines.

—Sí, ya me lo contó. Parece que es la especialidad local.

Beauvoir no pudo evitar echarse a reír.

—«No hay sombra más fuerte que donde hay mucha luz.»

La cara de asombro de Annie le provocó otra carcajada.

—Deja que adivine —respondió ella—. Eso no te lo has inventado tú.

Beauvoir sonrió e indicó que no con la cabeza.

—Lo escribí un tipo alemán. Y luego se lo apropió tu padre.

—Entonces, ¿lo dice a menudo?

—Lo suficiente para que yo me despierte chillándolo por las noches.

Annie sonrió.

—Te entiendo. En el colegio yo era la única que citaba a Leigh Hunt: «Más que nada, lo complacía un rostro humano y dichoso.»

Al oír las risas del salón, Gamache sonrió. Inclino la cabeza hacia donde estaban.

—¿Crees que por fin han hecho las paces?

—O eso, o es una señal del apocalipsis —respondió Reine-Marie—. Si ves a cuatro jinetes salir del parque al galope... Búsquese la vida, monsieur.

—Da gusto oírlo reír —confesó Gamache.

Desde que se había separado de Enid, Jean-Guy parecía frío, distante. No es que antes estuviera de un humor exuberante, pero esos días se lo veía más callado que de costumbre, como si las murallas que lo rodeaban se hubiesen hecho más altas y gruesas. Como si hubiera recogido el estrecho puente levadizo.

Armand Gamache sabía que levantar muros no servía de nada. Que aquello que la gente tomaba por seguridad era en realidad cautiverio. Y pocas cosas prosperaban en cautividad.

—Lleva su tiempo —dijo Reine-Marie.

—*Avec le temps* —convino Armand.

Sin embargo, para sus adentros, Gamache se preguntó si tenía razón. Sabía que el tiempo curaba, pero también podía causar más daño. Si duraba demasiado, un incendio forestal acababa consumiéndolo todo.

Gamache echó un último vistazo a los dos jóvenes y continuó la conversación con Reine-Marie.

—¿De verdad piensas que no quiero ir al *vernissage*? —preguntó.

Ella se lo pensó un momento.

—No estoy segura. Digamos que no parece que tengas prisa por llegar.

Gamache asintió y reflexionó un instante.

—Sé que estarán todos allí. Supongo que podría ser incómodo.

—Arrestaste a uno de ellos por un crimen que no había cometido —repuso Reine-Marie.

No se trataba de una acusación. De hecho, lo dijo con tacto y con calma. Intentando sonsacar a su marido sus verdaderos sentimientos. Emociones de las que tal vez ni siquiera él fuese consciente.

—¿Y eso te parece una metedura de pata social? —preguntó Gamache con una sonrisa.

—Más que una mera metedura de pata, diría yo.

Reine-Marie se echó a reír con alivio, al ver una expresión de auténtica diversión en su rostro. En un rostro que por fin llevaba afeitado. Sin bigote. Sin barba entrecana. Armand a secas. Él la miró con sus ojos marrones e intensos. Ella le sostenía la mirada, y mientras lo hacía casi se olvidaba de la cicatriz que tenía en la sien izquierda.

Después de un momento, a Armand se le borró la sonrisa; respiró hondo y asintió de nuevo.

—Fue algo espantoso que afectó a alguien.

—Pero no lo hiciste a propósito, Armand.

—Cierto, pero eso no hace que su estancia en prisión fuese más agradable.

Gamache reflexionó unos instantes, contempló primero el rostro amable de su esposa y después los árboles del parque. Un entorno natural. Anhelaba algo así, pues dedicaba los días a la caza de lo antinatural. De asesinos. De personas que arrebataban la vida a otros. A menudo de forma truculenta y espantosa. Armand Gamache era el líder del Departamento de Homicidios de la famosa Sûreté du Québec y se le daba bien su trabajo.

Pero no era perfecto.

Había arrestado a Olivier Brulé por un asesinato que no había cometido.

• • •

—¿Qué sucedió? —quiso saber Annie.

—Bueno, ya te habrás enterado de casi todo, ¿no? Salió en la prensa.

—Sí, leí los artículos y lo hablé con mi padre, pero en ningún momento me contó que alguno de los involucrados siguiera odiándolo.

—Como ya sabes, fue hace casi un año —explicó Jean-Guy—. Hallaron a un hombre muerto en el *bistrot* de Three Pines. Realizamos la investigación y las pruebas parecían de una claridad abrumadora. Encontramos huellas dactilares, el arma del crimen, objetos robados de la cabaña que tenía la víctima en el bosque; todo escondido en el *bistrot*. Arrestamos a Olivier. Fue a juicio y lo condenaron.

—¿Tú creías que había sido él?

Beauvoir respondió que sí con la cabeza.

—Estaba seguro. Tu padre no era el único.

—Entonces, ¿qué os hizo cambiar de opinión? ¿Hubo otra confesión?

—No. ¿Te acuerdas de hace unos meses, después del ataque en la fábrica, cuando tu padre estaba recuperándose en Quebec?

Annie asintió.

—Pues estando allí empezó a dudar y me pidió que volviese a Three Pines a investigar.

—Y tú lo hiciste.

Jean-Guy asintió. Claro que había regresado: haría cualquier cosa que el inspector jefe le pidiera. Aun cuando no compartía esas dudas y estaba convencido de que habían encarcelado al hombre correcto. Sin embargo, se puso a investigar y descubrió algo que lo impactó hasta la médula.

Al verdadero asesino. Y el motivo del asesinato.

—Pero ya has estado en Three Pines después de que arrestaras a Olivier —comentó Reine-Marie—. No será la primera vez que los veas.

Ella también había ido de visita a Three Pines y se había hecho amiga de Clara y de Peter y de los demás, aunque hacía bastante tiempo que no los veía. Desde antes de que ocurriera todo aquello.

—Es cierto —admitió Armand—. Jean-Guy y yo llevamos a Olivier a casa cuando lo soltaron.

—No me puedo ni imaginar cómo debió de ser ese momento para él.

Gamache se quedó en silencio. Recordaba el reflejo del sol en los montones de nieve. A través de los cristales escarchados, veía a los habitantes del pueblo que se habían reunido en el *bistrot*. Calientes y a salvo. Los alegres fuegos encendidos en la chimenea. Jarras de cerveza y tazones de *café au lait*. Risas.

Y Olivier, paralizado. A medio metro de la puerta cerrada. Con la mirada fija en ella.

Jean-Guy había hecho amago de abrirla, pero Gamache le había posado la mano enguantada en el brazo. Y esperaron juntos en aquel frío cortante. Esperaron. A que Olivier diese el paso.

Tras lo que pareció una eternidad, pero a buen seguro no fueron más que unos instantes, Olivier estiró el brazo, hizo otra pequeña pausa y abrió la puerta.

—Ojalá hubiese podido verle la cara a Gabri —dijo Reine-Marie.

Se estaba imaginando a aquel hombre corpulento y expresivo en el momento de ver que su pareja había regresado.

Gamache se lo había relatado al llegar a casa, pero estaba convencida de que por mucho éxtasis que ella imaginase, la realidad había sido aún mejor. Al menos por parte de Gabri. El resto de los vecinos también estaban eufóricos por ver a Olivier, pero...

—¿Qué pasa? —quiso saber Reine-Marie.

—Bueno, Olivier no mató a nadie, pero, como ya sabes, en el juicio salieron a la luz muchos detalles desagradables sobre él. Había robado al Ermitaño, de eso no cabe duda: se había aprovechado de su amistad y de su

frágil estado mental. Y resulta que Olivier había usado el dinero robado para comprar un montón de propiedades en Three Pines. Ni siquiera Gabri estaba al tanto de eso.

Reine-Marie permaneció en silencio, reflexionando sobre lo que acababa de oír.

—Me pregunto qué pensarán sus amigos de eso —dijo al final.

Gamache compartía esa curiosidad.

—¿Olivier odia a mi padre? —preguntó Annie—. Pero ¿cómo puede ser? Él lo sacó de la cárcel. Lo llevó de vuelta a Three Pines.

—Sí, pero tal como lo ve Olivier, de prisión lo saqué yo. Tu padre lo metió.

Annie se quedó mirando a Beauvoir y meneó la cabeza. Beauvoir continuó el relato.

—Como te puedes imaginar, tu padre se disculpó. Lo hizo delante de todos, en el *bistrot*. Le dijo a Olivier que sentía mucho lo que le había hecho.

—¿Y qué contestó él?

—Que no podía perdonarlo. Todavía no.

Annie reflexionó sobre la situación.

—¿Y cómo reaccionó mi padre?

—No parecía sorprendido ni molesto. De hecho, creo que si Olivier hubiese decidido de pronto que no le guardaba ningún rencor, eso sí lo habría sorprendido. Porque no podría haberlo dicho en serio.

Beauvoir sabía que lo único peor que no disculparse era una disculpa falsa.

Jean-Guy debía reconocerle eso. En lugar de fingir que aceptaba la disculpa, al final Olivier había dicho la verdad: que la herida era demasiado profunda. Y él no estaba preparado para perdonar.

—¿Y ahora? —preguntó Annie.

—Supongo que lo averiguaremos.